

JUBILEO DE LA MUJER

Parroquia de la Caridad, 25 de marzo del 2000

Queridas hermanas, queridos hermanos:

Celebrar el Jubileo de la mujer en la solemnidad de la Anunciación del Señor nos predispone a una reflexión profunda sobre la mujer en el plan de Dios, en el designio amoroso del Creador, desplegado a través de la historia de nuestra salvación. Fijar nuestros ojos en María, toda disponible y acogedora del querer de Dios, dócil a la acción del Espíritu Santo para albergar en su seno virginal a aquel que, siendo el Hijo Eterno de Dios, quiso tomar un cuerpo, una realidad humana como la nuestra, es quedar arrobados ante la mujer que dio su humanidad al hijo eterno del Padre para hacer posible que desde esta tierra pudiera haber ofrenda verdadera, totalmente aceptable en el cielo. Porque Dios estaba hastiado de sacrificios vacíos, hechos con víctimas impersonales, *«pues es imposible que la sangre de toros y de los machos cabríos quite los pecados... Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dijo... Aquí estoy para hacer tu voluntad. Y, conforme a esa voluntad, todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Cristo, hecha una vez para siempre»*. Nuestra salvación vino, pues, por Cristo, pero Cristo vino por María.

Ella es la señal que Dios nos ha dado «por su cuenta», la que el despreocupado y falso rey Acáz no quería pedirle al Señor con fingida humildad, encubridora de su miedo al compromiso. Cuando Dios nos da una señal, sea a un hombre o a una mujer, nuestros planes se trastornan, quedamos comprometidos, Dios será desde ese momento quien guíe el curso de nuestra historia personal. Esto lo sabía el rey Acáz y sintió miedo de pedirlo al Señor.

María es la humanidad receptiva, positiva, incontaminada, que va hacia Dios con los brazos abiertos y el corazón disponible. En el Jardín del Edén, Eva había traicionado su feminidad: cayó en la tentación de cerrarse sobre sí misma y dio la espalda al Creador. María de Nazaret, la mujer escogida por Dios para ser la madre del «Dios-con-nosotros», en su sí incondicional, reafirmó la identidad de lo femenino puro e intocado, esto es la prontitud en el don del corazón, en la entrega del propio ser.

La Inmaculada, cubierta por la sombra fecunda del Espíritu Santo, dio con su sí la respuesta de la humanidad en búsqueda, sedienta de verdad y de amor, pobre y urgida de misericordia: *«Hágase en mí según tu palabra»*. Es la humanidad antigua y la de hoy, es toda la Iglesia respondiendo en María, rezando en María, colmada de gracia en María. En María, lo femenino se hace presente en el designio de Dios, la mujer entra en el plan de salvación por la acción abismal de la encarnación del Hijo de Dios, que, por obra del Espíritu Santo, se hace hombre en sus entrañas purísimas. María se alza así como el monumento vivo que Dios erige a la mujer sobre la tierra.

En el relato de la creación, Dios hace al hombre a su imagen y semejanza: hombre y mujer los creó y desde ese momento queda establecida la paridad de los sexos, su complementariedad. El hombre y la mujer no agotan juntos, en su ser y en su proyección, la imagen de Dios. Tampoco aparece el hombre en el texto bíblico, como más significativo de la imagen de Dios que la mujer. Hay una dignidad similar, pero hay también dos criaturas distintas que, siendo ambas imagen del mismo Dios, la proyectan de dos modos diversos. Esto lo saben bien el hombre y la mujer que se aman y los hijos de una familia estable y trasmisora de amor. Ellos conocen el papel de papá y de mamá. De estos roles fundamentales en la vida: esposo, esposa, padre, madre, deriva la identidad del hombre y la mujer y los demás papeles que ellos deben desempeñar en la sociedad, en la profesión, en el mundo del trabajo y en la vida política.

Penoso ha sido para la mujer encontrar, de hecho, en la sociedad el puesto igual al hombre que el libro del Génesis le confiere en el acto creador de Dios desde el principio del mundo. Si bien el mundo judeo-cristiano ha sido más consecuente con la sagrada revelación y muy especialmente el mundo cristiano, considerando el papel de María como madre del Salvador y el trato de Jesús a las mujeres en los evangelios, aun así han sido grandes los esfuerzos y abigarrados los caminos para hallar la verdadera promoción de la mujer según su propia feminidad.

Un poco antes de la Revolución Francesa, algunas mujeres comenzaron a luchar por la igualdad de derechos de la mujer. La que comandaba aquel grupo se llamaba Olimpia de Gouges. Primero recibió el apoyo de la Revolución Francesa, pero cuando, en 1793, Luis XVI fue guillotinado y ella expresó, con sensibilidad femenina, juicios negativos sobre aquella ejecución, Robespierre desató una violenta represión contra el movimiento feminista, y Olimpia de Gouges fue guillotizada ese mismo año.

Los hombres siempre han aceptado a la mujer luchadora por las causas de los hombres y según el estilo masculino. Lo difícil es aceptar el aporte social y político de la mujer como mujer.

Por eso, los movimientos feministas han tomado a menudo el falso camino de promover a la mujer según los patrones de comportamiento masculino. Se parte así de presupuestos erróneos. Por caminos aberrantes se llega entonces a considerar negativamente la maternidad como un limitante de las posibilidades de realización de la mujer, y aun por razones prácticas o estéticas, se rechaza la lactancia materna. Se intenta hacer una copia en negativo del machismo: aventuras amorosas, dureza en el trato, ingestión en exceso de bebidas alcohólicas, falta de delicadeza en el lenguaje, etc., se convierten en signos de una mujer «liberada».

Por estos caminos, la mujer deja de brindar su aporte específico al mundo en que vive, se enrarece curiosamente el mundo de los hombres y pareciera en muchas ocasiones que solo saben parecer bellas y atractivas las prostitutas, que son en realidad la horrible máscara de lo femenino.

En su carta apostólica *«Mulieris dignitatem»* dice al respecto el Papa Juan Pablo II: *La justa oposición de la mujer frente a lo que expresan las palabras bíblicas «él te dominará» (Gn 3, 16) no puede de ninguna manera conducir a la «masculinización» de las mujeres. La mujer —en nombre de la liberación del ‘dominio’ del hombre— no puede tender a apropiarse de las características masculinas, en contra de su propia «originalidad» femenina. Existe el fundado temor de que, por este camino, la mujer no llegará a «realizarse» y podría deformar, perder, lo que constituye su riqueza esencial. Se trata de una riqueza enorme.*

Pero va haciendo camino desde hace algún tiempo un verdadero feminismo cristiano que tiene como punto de partida la identidad misma de la mujer, a partir de la cual, ella debe brindar su aporte específico a la familia, a la Iglesia y a la sociedad. Dijo el Papa al respecto a un grupo de Obispos norteamericanos: *«La Iglesia está decidida a situar toda su enseñanza, con todo el poder de que está investida la verdad divina, al servicio de la causa de la mujer en el mundo actual, para ayudar a clarificar sus derechos y deberes correlativos, a la vez que defender su dignidad y vocación femenina. La importancia de un verdadero feminismo cristiano es tal, que se debe hacer un gran esfuerzo por presentar los principios en los que se basa esta causa, y de acuerdo con estos, lo que pueda ser efectivamente defendido y promocionado en bien de toda la humanidad. La importancia de este compromiso requiere no solo la colaboración de todo el Colegio de Obispos, sino también de toda la Iglesia»* (Discurso a los Obispos de la XII y XIII Región de EE.UU. VAL, 2/9/1989).

Los movimientos femeninos católicos deben presentar a la mujer de hoy, especialmente a las adolescentes y jóvenes, un modelo sano de mujer integral en el cual descubran las jóvenes, desde temprana edad, que la maternidad es la vocación de la mujer. Dice el Papa Juan Pablo II: «Es

necesario hacer lo imposible para que la dignidad de esta vocación espléndida no se destruya en la vida interior de las nuevas generaciones» (Audiencia General 10-1-1979). Y pasa a preguntarse el Santo Padre: ¿Quiere decir que la mujer no debería trabajar profesionalmente? La enseñanza social de la Iglesia pide, en primer lugar, que sea plenamente apreciado como trabajo todo lo que la mujer hace en casa, toda su actividad de madre y de educadora. Este es un trabajo importante. Tan importante trabajo no puede ser socialmente despreciado, debe ser constantemente revalorizado, si la sociedad no quiere actuar en daño propio.

Y, a su vez, el trabajo profesional de las mujeres debe ser tratado, siempre y en todas partes, con referencia explícita a cuanto brota de la vocación de la mujer como esposa y madre de familia (Discurso en Lodz, Polonia, 13-6-1987).

Con sus propias características, el trabajo de la mujer en la enseñanza, en el campo sanitario, en las profesiones que tienen que ver con la ecología y con la calidad de vida, en los servicios sociales, son quehaceres que la sociedad aprecia cuando son realizados por mujeres. Pero es necesario que la mujer influya también en la economía, en los procesos legales y en profesiones o cargos que tienen que ver con la toma de decisiones y todo esto, en orden a humanizar la sociedad.

¡Cuánto se ha perdido de la creatividad de la mujer al no haber tenido el espacio merecido en el ámbito de la cultura! Las obras de arte de la historia universal son casi todas masculinas, los escritos, poemas u obras literarias en general, producidas por mujeres, son escasas y relativamente recientes y provienen principalmente del mundo occidental cristiano.

El aporte de la mujer al panorama cultural debe ser de mucho valor y un factor de equilibrio, si ella logra acercarse al mundo de la creación artística y literaria con el sello propio de su feminidad. Escuchemos al respecto al Papa: *El ingreso cada vez más cualificado de las mujeres, no solo como beneficiarias, sino también como protagonistas, en el mundo de la cultura en todas sus ramas, desde la filosofía hasta la teología, pasando por las ciencias humanas y naturales, las artes figurativas y la música, es un dato de gran esperanza para la Humanidad (A. Angelus, 6-8-1995).*

No se puede pasar por alto, al hablar del trabajo de la mujer en la sociedad, el trabajo de la mujer en el hogar, sobre todo en lo relacionado con la maternidad. Es cierto que el esposo puede y debe participar en las cargas comunes de la casa, pero la función materna marca de manera especial el trabajo de la mujer. Sobre esto se expresa claramente el Papa Juan Pablo II: *Hablando del trabajo con relación a la familia, es oportuno subrayar la importancia y el peso de la actividad laboral de las mujeres dentro del núcleo familiar. Esta actividad debe ser reconocida y valorada al máximo. La 'fatiga' de la mujer –que, después de haber dado a luz un hijo, lo alimenta, lo cuida y se ocupa de su educación, especialmente en los primeros años– es tan grande que no hay que temer la confrontación con ningún trabajo profesional. Esto hay que afirmarlo claramente, como se reivindica cualquier otro derecho relativo al trabajo. La maternidad, con todos los esfuerzos que comporta, debe obtener también un reconocimiento económico igual al menos que el de los demás trabajos afrontados para mantener la familia en una fase tan delicada de su existencia (Carta a las familias, n. 17).*

Qué lejos estamos de poder llevar estos propósitos, que brotan de la misma naturaleza humana, hasta los parlamentos, hasta plasmarlos en ordenamientos jurídicos. ¡Qué ausencia realmente femenina en el origen de las legislaciones de los estados y en las recomendaciones de distintos organismos de las Naciones Unidas! Y esto a pesar del creciente número de mujeres, aunque muy insuficiente aún, que participan en foros y asambleas nacionales e internacionales. Pero no es tanto el aumento cuantitativo de mujeres lo que puede inclinar la balanza, aún machista de la historia, hacia un equilibrio deseado y necesario. Es la presencia cualitativa de lo femenino en las mujeres con

responsabilidades sociales y políticas lo que reclama esta hora del mundo. A esto están llamadas las mujeres católicas.

A esto, con perseverancia y entusiasmo animo a las mujeres integrantes del Movimiento de Mujeres Católicas. La Iglesia en Cuba tiene una gran deuda de gratitud con la mujer, por cuanto ella ha contribuido a la presencia de la Iglesia en la sociedad en momentos difíciles de nuestra historia reciente. Ellas han conservado la memoria de Cristo y de la Iglesia en los hogares, ellas mantuvieron en ocasiones la oración o el culto cristiano, cuando el temor o las conveniencias hicieron desertar a muchos. La fidelidad de la Iglesia, esposa de Cristo, fue puesta en evidencia en Cuba por grupos perseverantes y valientes de mujeres fieles.

Que el Movimiento de Mujeres Católicas continúe la tradición de entrega gozosa de las mujeres de la Acción Católica Cubana, de las antiguas alumnas de Colegios Católicos, de las abuelas que no desertaron en estos años de revolución, y que extiendan su lucha en pro de un auténtico feminismo en medio de la sociedad, que haga de la mujer católica cubana una defensora de la vida, una exponente alegre de la belleza de la maternidad, una promotora de la mujer en los campos del arte, de la ciencia, del trabajo, de la investigación, según su propia identidad femenina, para que la sociedad no pierda las riquezas que la mujer puede y debe aportar.

La mujer se hace presente en el plan salvífico de Dios por medio de María que ocupa su lugar propio e imposible de ser transferido a nadie más. María-mujer, personifica el sí de los creyentes en Cristo, su aceptación de Jesús *como «el que salva»*. Hombres y mujeres que dan el sí de su vida a Cristo, se hallan tipificados en María. La Iglesia toda, en la acogida de su Salvador, encuentra su modelo de realización perfecta en María y así la Madre de Jesús es también Madre de la Iglesia. Aún más, toda la humanidad, hombres y mujeres de cualquier cultura, pueden descubrir en María-mujer el paradigma de la entrega del propio ser para que la bondad y el amor lleguen a todos los hombres y mujeres de la tierra.

La elección de María de parte de Dios Creador fue hecha no violentando su condición femenina, sino elevando hasta la más alta cima, por medio del milagro, la virginidad y la maternidad al mismo tiempo. Su papel trascendente e irremplazable en la Iglesia y en la humanidad es desempeñado por María como mujer y por ser mujer. A tal grado es esto cierto, que el Papa Juan Pablo II, en su carta apostólica *«Mulieris dignitatem»*, afirma que la Iglesia tiene que ser al mismo tiempo *«Mariana y Petrina»*, la Iglesia de María y la de Pedro.

Todos los hombres y mujeres de la Iglesia tienen que acudir al llamado de Pedro y los apóstoles que convocan a la misión, que envían al mundo entero a hombres y mujeres a anunciar el Evangelio, unidos en un solo propósito: que Cristo sea conocido y amado y que hombres y mujeres de cualquier cultura vengan, descubran y vivan el amor cristiano en el seno de la única Iglesia.

Pero antes de ser *«petrina»*, la Iglesia de Pedro tiene que ser Mariana. Primero hay que acoger la salvación que Cristo nos trae, decir un sí total y sin reservas a Dios, entregándole todo nuestro ser. Solo después, la Iglesia de María puede ser la Iglesia de Pedro, la Iglesia Apostólica que proclama a Cristo al mundo. Pero estos no son dos momentos sucesivos, sino simultáneos: la Iglesia es siempre mariana, y siempre es la Iglesia petrina, apostólica.

El papel de la mujer en la Iglesia hoy y siempre, es hacer presente la marianidad de la Iglesia en su vivencia de la fe, de modo que todos, hombres y mujeres, vivan su fe cristiana en la acogida de Dios y del Salvador que Él nos envía, al modo de María.

Tengan presente, queridas hermanas, que el papel de María en la Iglesia no es solo el de ser un modelo para las mujeres, sino el de abrir a todos, hombres y mujeres, como Madre de la Iglesia, al don de la salvación.

El papel de las mujeres en la Iglesia hoy no es tampoco un servicio de comprensión y de ayuda solo a mujeres, sino un predisponer a toda la Iglesia con su testimonio, con su perseverancia, con su peculiar entrega femenina, al don de la salvación, que nos hace Jesucristo, capacitando así a la Iglesia para su misión apostólica.

Complementariedad en el servicio al Reino de Dios y no oposición, como complementariedad debe haber en el matrimonio, que se refiere a lo más hondo del ser masculino y femenino y que va más allá de la procreación y de la ayuda mutua. Pues, después de crear al ser humano varón y mujer, Dios dice a ambos: *«Llenen la tierra y sométanla»*. Hombre y mujer tiene desde el principio igual responsabilidad en la transformación de la tierra. No hay, pues, entre el hombre y la mujer *«una igualdad estática y uniforme, y ni siquiera una diferencia abismal e inexorablemente conflictiva»*, dice el Papa Juan Pablo II. Y afirma el Santo Padre: *«su relación más natural, de acuerdo con el designio de Dios, es la unidad de los dos»*. Uno y otro se complementan.

En su carta del Jueves Santo a los sacerdotes, en el año 1995, el Papa invitaba a los presbíteros a reflexionar sobre el significativo papel que la mujer tiene en sus vidas como madre, como hermana y como colaboradora en las obras apostólicas. Y afirma el Santo Padre: *«Es esta otra dimensión, diversa de la conyugal, pero asimismo importante, de aquella ayuda que la mujer, según el Génesis, está llamada a ofrecer al hombre»*.

Queridas hermanas: En este mismo Santuario se reinició el Movimiento de Mujeres Católicas, a los pies de la Virgen de la Caridad, amada y venerada como Reina y Madre de nuestro pueblo. El cubano quiere a la Santísima Virgen María de la Caridad por ser mujer, por ser madre, por ser cubana. La Virgen del niño en brazos y la Cruz alzada en lo alto es María cumpliendo su misión femenina en el designio de Dios para el pueblo cubano: Ella abre los corazones de nuestro pueblo a la acogida de su Hijo y no cesa de ejercer su papel maternal para todos los cubanos, que se sienten y se saben protegidos por su amor purísimo.

Sea para ustedes la Virgen de la Caridad, mujeres católicas cubanas, modelo e inspiración para vivir su condición de mujeres. Que su vida espiritual se enriquezca al invitar a sus hermanos con su palabra y su testimonio, a abrir sus corazones a Cristo. Que todos en nuestro pueblo puedan sentir la «protección» de ustedes; la misión de la mujer es siempre proteger, proteger la familia y la sociedad, proteger al pobre y al desvalido, al triste y al insatisfecho.

Que la Virgen de la Caridad las anime a vivir con gozo su feminidad y a luchar por que sea valorada y respetada. A ella, en cuyo seno Jesucristo el Hijo de Dios se hizo hombre, confío a las mujeres todas de nuestra Iglesia en La Habana y en Cuba.

Que, por su apostolado, Cristo sea acogido en el corazón de muchas mujeres en Cuba. Él, que como fuente de agua viva puede colmar de frescura a cuantos beben de ella. Esa fuente nos sacia especialmente en la Eucaristía, que en el día de hoy, día de la mujer en el Año Santo Jubilar, ofrecemos por todas las mujeres.